

que costea la Real Sociedad Económica de Granada; leído en su inaugural como Profesor de ella. Granada 1892.

*Lecciones de Agricultura elemental explicadas como Catedrático de dicha asignatura en el Real Colegio de San Bartolomé y Santiago de Granada.* (Con dibujos), Granada, 1889.

*Memoria-discurso de los trabajos de la Sección científica profesional del Colegio de Médicos de Granada, leída en su sesión de apertura.* Granada, 1896.

*Terapéutica clínica.* Traducción; autor H. Huchard.

## Necrología

### del doctor don Casto López Brea y Ortiz de Angulo

Por el DOCTOR SOLER Y GARDE.

EXCMO. SEÑOR,

MUY ILUSTRES SEÑORES ACADÉMICOS:

El recuerdo de los méritos que adornaron a los hombres que han poseído algunas cualidades en grado eminente, la evocación de su personalidad, el destello de sus inspiraciones, la estela de su bien aprovechada vida, constituyen motivos de inefable deleite para los que les conocimos, quisimos y admiramos, que amortiguan la pena ocasionada por su pérdida, y tales meditaciones no sólo parece que nos producen la ilusión de volver en cierto modo a convivir con ellos, si que también las enseñanzas y la ejemplaridad que de aquéllas se desprenden nos inducen insensiblemente a elevar las normas de los propios pensamientos y obras, acercando unos y otras a la altura de los que promueven nuestra admiración y son objeto de póstumo homenaje.

En este caso me encuentro al intentar cumplir el mandato con que me ha honrado esta Real Academia de glosar y enaltecer el recuerdo del que fué insigne miembro de la misma, Excmo. Sr. Dr. D. Casto López Brea y Ortiz de Angulo (q. e. p. d.).

Ciertamente que esta ilustre figura merecía pluma mejor cortada que la mía para trasladar al papel los rasgos de su personalidad, notable por muchos conceptos. Ayude vuestra bondad a suplir mis deficiencias y tened por seguro que si el boceto que voy a ofreceros es de méritos escasos o nulos no será porque el original careciera de ellos, que en verdad los poseyó copiosa y variadamente; culpád al que los bosqueja por no haber sabido dibujar bien los perfiles, ni matizar los tonos, ni colorear las perspectivas, ya que no bastan el afecto profesado por mí al señor López Brea, ni la buena voluntad que pongo en esta labor, para improvisar condiciones literarias y artísticas que yo bien quisiera imprimir en ella pero de las cuales carezco.

Para sintetizar en pocas palabras el valor del trabajo a que consagró su vida entera el insigne compañero a quien dedicamos este homenaje, bastaría decir: *fué un buen médico militar*, un médico militar completo, excelente, no atreviéndome a decir *perfecto*, porque bien sabido es que la perfección no es atributo humano.

Y si alguien creyera que aquel calificativo es de corta alabanza, no habiendo reflexionado acaso con suficiente meditación, acerca del contenido científico y técnico de la medicina militar y opinara que ésta puede ser catalogada, en orden inferior a otras especialidades médicas, yo le invitaría a que considerara despacio si para la posesión de cualquiera de ellas hay que recorrer un tan extenso campo de conocimientos como aquélla abarca.

Los anatómicos, los fisiólogos, los higienistas, los internistas, los cirujanos, los oculistas, los psiquiatras... los que cultivan preferentemente alguna de las muchas ramas de la Medicina, saben bien la enormidad de esfuerzos que han tenido que realizar en difíciles y prolongados estudios para llegar al dominio teórico y práctico de la materia que quieren conocer a fondo.

Pues para ser buen médico militar y afrontar dignamente las vicisitudes de la sanidad de los ejércitos y resolver con acierto sus espinosos y complicados problemas, hay que estar muy familiarizado con todas las disciplinas dichas y con algunas más: medicina legal, sociología, legislación, administración y arte militares, etc. ¡Decidme si cualquier otra especialidad médica requiere tan amplia base!

No se tome a hipóbole o a exagerado espíritu corporativo el que yo pretenda recabar para la Sanidad Militar (a la que perteneció López Brea y de la que me honro en ser uno de sus individuos)

el reconocimiento del prestigio que creo le corresponde en el orden de categorización de especialidades médicas, ya que, no por elucubraciones teóricas sino atendiendo imparcialmente al desenvolvimiento de la Sanidad Militar en todos los países se llega a la deducción lógica de que, en su evolución, la fuerza de los hechos y las necesidades que satisface han motivado que se marcaran claramente en ella, superponiéndose y mezclándose, pero sin confundirse, tres grandes funciones (quirúrgica, médica, higiénica) hasta constituir su actual organización, tan compleja científicamente como indispensable, en la realidad práctica, para la existencia de los ejércitos, que no pueden subsistir sin perfectos servicios sanitarios, porque serían prontamente aniquilados por enfermedades epidémicas, como lo demuestra con elocuencia la historia de los desastres sanitarios de las guerras de todos los pueblos que no han informado en la higiene la creación de sus organismos bélicos.

La primera figura sanitaria que apareció en los campos de batalla (véase el folleto del Excmo. Sr. Dr. D. Angel Pulido, titulado *La Sanidad Militar. Su importancia en la salud del Ejército y en la salud pública; transcendencia de su desenvolvimiento*, pág. 30, Madrid, 1909) fué la del cirujano, y durante muchos siglos la única. Nuestro arte no podía en aquellas épocas alcanzar a más que iniciar la formación del espléndido caudal de conocimientos que hoy poseemos, y a este respecto deben mencionarse con veneración y alabanza Ambrosio Paré en Francia y Daza Chacón en España, al final de la edad media; Larrey, en la época napoleónica y nuestros paisanos Virgili y Gimbernat, contemporáneos de aquél y creadores de los Colegios de Cirugía militar de Barcelona, Madrid, Burgos y Cádiz, como nombres gloriosos de los más eminentes o más conocidos fundadores de la Cirugía de guerra.

Pero la organización de los ejércitos permanentes obligó a los estadistas a preocuparse del reclutamiento de los mismos, de las condiciones de aptitud de los soldados en la época de su admisión, del entrenamiento y eficiencia de sus energías aplicadas al arte de la guerra y de la conservación de su salud en una palabra, para evitar los grandes desastres epidémicos propios de todas las aglomeraciones humanas que repetidamente y en todas las naciones y en todas las épocas han destruído numerosos ejércitos con más rigor y eficacia que el fuego o el hierro enemigos.

Y para esto no bastaban los cirujanos.

Y sobrevino el *Médico* llamado *puro* en su doble modalidad de clínico y de perito legista, de los que en nuestra patria hubo ya una magnífica floración en tiempo de los Reyes Católicos, en las Ambulancias y Hospitales de campaña que organizó la Reina Isabel I en la guerra de Granada, continuando después una tan selecta y abundante representación que fácilmente podría llenar varias páginas con la simple enumeración de los más conspicuos. Me limitaré a mencionar algunos de los médicos militares españoles del siglo XVIII, nacidos en Cataluña, memorables por sus trabajos o publicaciones, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros: Francisco Canivell, Leonardo Galí, Pedro Castelló, Ignacio Lacaba, Francisco Fabra, entre los que hubo individuos de esta Real Academia que probablemente concurren a sesiones o reuniones celebradas en este mismo local en que nos encontramos.

El progreso de las ciencias médicas y la necesidad de luchar contra las epidemias castrenses de viruela, peste, disenteria y otras, hicieron insuficientes las funciones de los cirujanos y de los médicos aplicadas a la milicia. Y surgieron los higienistas militares, de los que podemos con orgullo citar, en nuestro país, a Francisco Javier Balmis, que realizó un épico viaje para llevar la vacuna de Jenner a Ultramar y propagarla por América y Filipinas en los primeros años del siglo pasado; a Hernández Morejón, quien, después de luchar felizmente contra varias epidemias de escorbuto y de fiebre amarilla en el ejército, fué historiógrafo clásico de la medicina española y a Pedro Felipe Monlau, autor de varias obras de Higiene de valor imperecedero.

Sería inoportuno y prolijo si quisiera reseñar el estado actual de la higiene militar en España y os contara los innumerables trabajos que, tan silenciosa como útilmente, se realizan cada día, en paz y en guerra, para defender la salud del soldado: en el Instituto de Higiene militar y sus derivaciones que llegan hasta la misma línea de fuego de las tierras marroquíes; en la Sección de Sanidad del Ministerio de la Guerra; en la Academia de Sanidad militar; en las Ambulancias en campaña, barcos hospitales y trenes sanitarios; en los Hospitales militares; en los laboratorios de análisis y de bacteriología, por celosos y competentes colegas militares que atienden enfermos y heridos; sanean los campamentos y campos de batalla; preparan y distribuyen y aplican sueros y vacunas de todas clases; redactan circulares, instrucciones y conferencias; practican desinfecciones, cremaciones e inhumaciones; publican una notable *Revista de Sanidad Militar*; en una palabra, luchan con ardor contra todos los males quirúrgicos y médicos y muy singularmente contra la tuberculosis, el paludismo, la tifoidea, la sífilis, la gonococia, el tracoma y demás morbos, que si no se les ataja suelen especialmente ensañarse en el ejército, y entre cuyos nombres, para no hacerme interminable mencionando todos los que serían acreedores de ello, me limitaré a citar dos: Alabern y Martín Salazar, como los de quienes más han contribuido, entre nuestros contemporáneos, a colocar los fundamentos básicos de la higiene militar española en el honroso lugar que hoy ocupa, que no desmerece de las similares extranjeras.

Junto a estos preclaros nombres puede figurar muy dignamente el de López Brea, bajo el triple

concepto antedicho: como *cirujano*, pues fué Profesor de la asignatura de Anatomía topográfica y Operaciones en la Universidad de Manila; como *médico internista*, acreditándolo sus dilatados servicios en los hospitales militares y su lucida clientela particular en Filipinas; y como *higienista* elaborando muchas disposiciones que insertas están en el Diario Oficial del Ministerio de la Guerra.

Demostración de estas afirmaciones son los sucintos datos biográficos siguientes:

Nació en Quintanar de la Orden (Toledo) el 1.º de julio de 1854. Desde sus primeros años hubo de sobresalir y llamar la atención por su vivacidad, ingenio y aplicación, que dieron por resultado una brillante hoja escolar en las calificaciones de las asignaturas del bachillerato y licenciatura en medicina y cirugía, que terminó en Madrid a los 19 años, en junio de 1873, cuando la guerra civil carlista ardía en toda la Península.

En 3 de noviembre del mismo año ingresó, previa oposición, en el Cuerpo de Sanidad Militar y trocó en breve plazo el bullicio madrileño y la alegría estudiantil por la austeridad de las rudas, solemnes y abnegadas horas de la vida del médico militar en campaña.

Pronto se hizo estimar de sus compañeros y de sus jefes, así como de los oficiales y soldados cuya salud cuidaba. Consta en su hoja de servicios que en el hospital militar de Bilbao, durante el sitio y en las acciones de Peñaplata, Alzuza, El Cano, Palomeras y otras, su comportamiento fué distinguido. A pesar de su juventud y de su escasa jerarquía, su crédito profesional era conceptuado en muy buen lugar por los merítisimos médicos militares entre quienes se hallaba, algunos de los cuales han brillado después con egregio fulgor en la medicina patria contemporánea (Camisón, Alabern, Losada, Fanosa, etc.).

Del ejército del Norte pasó al de Cataluña, asistiendo heridos en los sangrientos choques de Molins de Rey y La Junquera.

Al terminar la guerra carlista marchó a Filipinas, prestando importantes servicios en Ilo-Ilo, Marianas, Luzón, Abra y Cagayán, donde organizó hospitales, enfermerías y parques sanitarios; luchó contra las preocupaciones y las epidemias, especialmente una de cólera, recién llegado a aquellas islas; fué Secretario de la Sanidad marítima del puerto de Manila; desempeñó importantes comisiones científicas; explicó durante trece años en la Universidad de Manila la cátedra de Anatomía topográfica y Operaciones quirúrgicas, ascendiendo a Decano de aquella Facultad de Medicina; se conquistó envidiable renombre y clientela particular numerosa y espléndida, y finalmente presencié el ocaso tristísimo de nuestro secular imperio colonial en Filipinas.

A su regreso, en 1898, instalóse en Barcelona y aquí residió luego casi siempre desde entonces. Sus vicisitudes a partir de aquella fecha os son bien conocidas; así es que sólo haré mención de algunas de las más notables.

Sus cargos oficiales (jefe de clínica del hospital militar de Barcelona, primero y Director del mismo más tarde), su cultura y erudición, sociabilidad, amena conversación y exquisito trato, le hicieron pronto conocido en los círculos médicos de Barcelona y en el Ateneo, en los hospitales y clínicas, y en la buena sociedad fué desde luego cordialmente admitido y apreciado cual correspondía a sus relevantes dotes.

En 1910 tuvo lugar en Barcelona el Congreso antituberculoso, y sin duda está todavía en la memoria de todos el brillante papel que desempeñó López Brea en su organización y desarrollo y las animadas e interesantes discusiones y conferencias en que tomó parte, no sólo en la Sección de Sanidad Militar sino también en otras, representando el Ministerio de la Guerra como Delegado en la Exposición aneja al Congreso y elevando a la superioridad una memoria de los trabajos realizados en aquel certamen.

Otro destello de su actividad fué la creación en 1911 de la Sociedad Científica de Sanidad Militar de Barcelona, en la que, agrupándose bajo su presidencia los individuos de las escalas de medicina, farmacia y veterinaria militares, es decir, los biólogos de ejército, se ofrecieron, en memorables sesiones, trabajos elaborados en la clínica y en el laboratorio, siempre con orientación al servicio de guerra, fuera de la atmósfera oficial, por libérrima voluntad de los que colaboraron en ella por propio honor y estímulo, sin la presión del mandato. Fruto de la misma fué un interesantísimo volumen publicado en 1913, con capítulos muy notables (excepto alguno del que esto escribe) debidos a López Brea y a otros compañeros. La buena semilla fructificó y en breve a la Sociedad dicha siguieron otras análogas en Madrid y en África.

Merced a la justa fama de su nombre y al aprecio que os merecía, esta Real Academia le nombró individuo numerario de la misma en 1914, dispensándole cariñosa acogida, que no he de reseñar, porque vosotros mejor que yo sabéis los éxitos que obtuvo en cuantos trabajos académicos colaboró.

Básteme recordar su monumental discurso de ingreso, en el que considera el agregado militar como organismo y la sociedad civil como medio a la luz de doctrinas filosóficas, sistemas médicos, corrientes del pensamiento y fases de organización a través de la historia. No pretendo entrar en el examen crítico de este trabajo, para el que se requeriría tiempo y competencia de que carezco. Todos

le conocéis. Es una robusta armazón basada en extensas lecturas y largas meditaciones, engalanada con profusos datos históricos de suma erudición, principalmente referentes a asuntos castrenses, que sería suficiente por sí sola; si otras manifestaciones no le hubiesen ya anteriormente conquistado el derecho de ser conceptuado como eximio literato, profundo filósofo y sabio médico, sería suficiente, digo, para merecerle tales dictados con estricta justicia.

En la Real Academia, en la Junta Provincial de Sanidad y en la Sociedad Científica de Sanidad Militar promovió interesantes conferencias y discusiones acerca la vacunación antitífica obligatoria y la reorganización higiénica de la prostitución.

En 1916 fué ascendido al empleo de Inspector Médico de 2.<sup>a</sup> (asimilación a General de Brigada) y destinado a la Jefatura de Sanidad Militar del Ministerio de la Guerra, pedestal adecuado para la magnitud de sus condiciones y desde cuya altura proyectó numerosas y utilísimas disposiciones, modificando algunos servicios sanitarios, que procuraré compilar brevemente.

La primera, en el orden cronológico, fué la ampliación de los servicios de la «Clínica de Urgencia» de Madrid y su transformación en «Hospital militar de urgencia» para subvenir perentorias necesidades de aquella guarnición que la distancia a que se halla situado el hospital militar de Carabanchel hacía que fuesen difícilmente atendidas (R. O. 16 de junio 1916, C. L. n.º 119).

Hábilmente secundado por los señores Fernández Garrido y Cambroneró, substituyó el paquete individual de curación, a la sazón reglamentario, por otro en el que se introdujeron varias mejoras, aumentando su conservación y eficacia: impermeabilización del envoltorio; cajas de latón enchufadas; adición de tintura de yodo y de líquido adhesivo, etc. (R. O. 17 de julio 1917, C. L. n.º 151).

Metodizó la elaboración de una vacuna antirrábica para la inmunización por el método de Hözjes, instalándose al efecto en el Instituto de Higiene Militar el laboratorio necesario para su preparación, y con el fin de ganar tiempo y someter lo más rápidamente posible al tratamiento a los individuos del Ejército y familias que lo necesitasen, se establecieron sucursales en los hospitales militares de las capitalidades de las Regiones, Baleares, Canarias y Africa, a cargo de los jefes de los laboratorios de los referidos hospitales, a los cuales el Instituto remite periódicamente las médulas en condiciones de conservación y uso (R. O. 12 de marzo 1917, C. L. n.º 43).

Modificó algunos detalles referentes a Reclutamiento respecto a la actuación de los médicos en los reconocimientos de presuntos inútiles (R. O. 31 octubre 1917, C. L. n.º 226).

Amplió con ventaja lo anteriormente dispuesto para evitar la presentación de casos de viruela, sarampión y parótidas y otras infecciones en el ejército a la incorporación de los reclutas (R. O. 13 noviembre 1917, C. L. n.º 233).

Formuló un extenso Reglamento para los cursos de ampliación de estudios para Oficiales Médicos de Sanidad Militar, del cual son breve resumen los epígrafes siguientes, que bastan para dar idea de su amplitud y utilidad: 1.º *De Bacteriología y análisis*, en el Instituto de Higiene militar, comprendiendo las materias siguientes: Histología, hematología y parasitología; Bacteriología con aplicaciones a la clínica y a la higiene; Seroterapia y serodiagnóstico; Vacunas profilácticas y terapéuticas; Análisis químico aplicado a la clínica y a la higiene. 2.º *De Cirugía operatoria*, con maniobras de ambulancia, en los hospitales militares: Anatomía topográfica y técnica quirúrgica, con disecciones prácticas de operaciones, regladas sobre el cadáver. Vivisecciones en animales. Intervenciones quirúrgicas en los enfermos de las clínicas, conocimiento teórico-práctico del material sanitario. 3.º *De Radiografía* (Técnica radiológica general, Radiografía, Radioscopia, Radioterapia) y *Electroterapia*, en el Hospital militar de Urgencia de Madrid (R. O. de 25 de enero 1918, C. L. n.º 10).

Su ascenso a Inspector médico de 1.<sup>a</sup> (asimilado a General de División) le obligó a dejar el cargo de Jefe de la Sección de Sanidad del Ministerio de la Guerra, confiriéndosele el de Inspector de Sanidad, primero del 2.º Cuerpo de Ejército (Andalucía) y luego del 4.º (Cataluña); en los cuales, como siempre, dejó imborrables recuerdos de sus grandes méritos.

Se hallaba en posesión de las condecoraciones siguientes: Cruces de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> clase del Mérito Militar, con distintivo blanco; Cruz roja de 1.<sup>a</sup> clase de la misma Orden; Cruz roja de 2.<sup>a</sup> clase del Mérito Militar, pensionada; Gran Cruz de la propia Orden, con distintivo blanco; Medallas de Alfonso XII, de Filipinas, de Alfonso XIII y del primer Centenario de los sitios de Gerona; Cruz del Mérito Naval.

En julio de 1920 cumplió la edad reglamentaria para el retiro y pasó a la situación de reserva. Parecía llegada para él la hora del merecido descanso, con aspecto de salud física y mentalidad robusta y vigorosa, en la plenitud de sus energías, rodeado de amantísima familia y del respeto y estimación general... situación verdaderamente envidiable de la que era de augurar gozaría algunos años... pero, como rayo en un cielo sin nubes (frase habitual suya que aplicaba a casos análogos), la Parca inexorable le arrebató en octubre del mismo año a su esposa y segó su propia existencia dos meses después, en diciembre, con breve, inopinada e indescifrable enfermedad, que bruscamente anuló su poderosa inteligencia y en pocos días destruyó su vida.

Aunque a menudo presenciarnos hechos parecidos, cuando sobrevienen en personas en quienes por el parentesco o por el afecto se nos hacen más sensibles quedamos sobrecogidos de estupor y se llenaría nuestro espíritu de negruras y tristes ideas referentes a la inanidad de las cosas humanas, a lo deleznable de los cálculos mejor fundados, a la inconsistencia de las ilusiones, a la fugacidad de las más razonables conjeturas, sino fueran ahuyentadas por vislumbres de idealidades confortadoras y esperanzas sobrehumanas que yo no sabría representar, sintéticamente, mejor que recordando el verso final del famoso soneto de Argensola que dice: *¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?*

Los más puros ideales se albergaron siempre en el alma de López Brea; sus pensamientos en todos los momentos se inspiraron en el más acrisolado concepto del honor; su conducta se ajustó invariablemente a las más estrechas normas del cumplimiento del deber. Al través de tales prismas, los hechos todos de su vida nos aparecen ennoblecidos y sublimados con la doble aureola de la bondad de su corazón magnánimo y de la elevación de su preclara y cultivada inteligencia, llegando a adquirir un valor representativo, como de verdadero modelo o arquetipo que suscita emulación y ejemplaridad.

López Brea, preferentemente, rindió culto especial a dos grandes sentimientos: de *religiosidad* y de *patriotismo*, traducido bien ostensiblemente el primero, además de otras muchas demostraciones en el curso de su vida, por su disposición testamentaria ordenando, como así se hizo, que su cadáver se amortajara con el hábito de Nuestra Señora de la Merced y testimoniado innumerables veces el segundo por el acrisolado amor con que enaltecía siempre las glorias de la Patria, de esta nuestra milenaria España, antes tan grande cual más no lo ha sido, ni tanto siquiera, ninguna otra nación, hoy tan combatida y vilipendiada por propios y por extraños, cuyos ultrajes repercutían en el corazón de López Brea con dolor filial, que exaltaba aún más su veneración a la Patria decadente, a la madre espiritual abatida, que, como a todas las madres, *cuanto más pobre y más vieja, más se la ha de querer*.

Al meditar sobre estas cosas, el encanto y la dulzura de las mismas se infiltran insensiblemente en nuestra fantasía, y poetizados por la Fe los misteriosos arcanos de ultratumba, imaginamos que los que ofrendaron a nuestra Patria, cual López Brea, exquisiteces de acendrados fervores y holocaustos de sacrificios, al transponer los umbrales de esta vida deben hallarse en posesión de los impercederos goces de la Suprema Verdad ocupando predilectos lugares de belleza inefable en las infinitas mansiones de lo eterno, gloriosamente cobijados y nimbados por indescriptibles y maravillosos fulgores de *oro y grana*, rutilantes colores de la bendita bandera de la España inmortal.

HE DICHO

## Necrología del doctor Genové y Soler

por el DOCTOR SOLER Y BATLLE

EXMO. SEÑOR,

SEÑORES:

Hace poco más de medio año, cuando me concedisteis la inmerecida honra de recibirme como socio de número de esta ilustre Academia, pude congratularme, en mi discurso de recepción, de que mi ingreso no representaba para la Corporación una pérdida, puesto que la vacante que venía a ocupar era debida a un aumento del número de señores Académicos y no a la desaparición de uno de ellos. Sentí, sin embargo, amargada la satisfacción que ello me causaba, por el dolor de no poder contar ya, entre los que tan benignamente como compañero me recibían, a un mi amigo íntimo, el doctor don Pedro Genové, que nos había sido arrebatado, pocos meses antes, por una muerte prematura. Algún tiempo después me hicisteis el honor de designarme para leer, en el acto que hoy estamos celebrando, un discurso en recuerdo y loanza del malogrado colega, y aun con el convencimiento sincero de que cualquier otra pluma mejor templada que la mía podría salir más airoso de semejante empeño y llevarlo a cabo de manera más proporcionada con los méritos del ilustre desaparecido, acepté sin reparos el encargo, porque a ello me obligaba el recuerdo de la amistad que me unió con el doctor Genové y me alentaba la esperanza de que el afecto pondría en mis palabras tal calor que pudiese suplir la pobreza de mis pensamientos.

Conocí a Pedro Genové cuando, adolescentes apenas salidos de la niñez, empezamos juntos los estudios de la carrera de Farmacia; compartí con él, durante los años de nuestra vida de estudiantes,